

de veinte y dos metros sobre un solo arco; los palacios *Loredán, Dandolo, Farsetti, Corner della Cà Grande*, representaciones primorosas de los estilos gótico primitivo y veneciano con influencias bizantinas y orientales, al pie de cuyas escalinatas se balancea impaciente la góndola de bruñido ébano y adornos y remates aúreos, donde los gondoleros de la blanca boina y la faja de seda escarlata, esperan quizá la orden de conducir por el laberinto de los canales, a la conquista de misteriosas aventuras de amor...

Desembarcamos en la plancha flotante del peristilo del «Gran Hotel» cuyos magníficos aposentos tienen un aspecto mixto de suntuoso trasatlántico y de palacio terrestre. Y cuando cierra la noche y nos entregamos al descanso, desde las ventanas abiertas sobre el Canal, respiramos la mansedumbre que penetra el alma y los sentidos bajo una claridad que sobrevive a los últimos fulgores del ocaso. Cuanto dura este momento, no lo sabemos bien. Solo recordamos a la mañana siguiente, del paso de una góndola de esbeltos gálivos, tapizada de púrpura, y de la voz dulcísima que a los sonos de la melodiosa *cazzoneta*, incessantemente repetía:

E veduto Venezia; e posso morire.

